

cion en un conflicto en que estaban comprometidas todas las ideas, todas las costumbres, todas las tradiciones de 2500 años?

Tras la cuestion que concernia á los «bárbaros,» tomó forma la cuestion política interior. Si el Shogun desobedece la voluntad del Emperador, ¿por qué no sale de Kioto el *Carro del Fénix*, el Mikado, y á la cabeza de la nacion castiga la desobediencia y expulsa á los extranjeros? Los nobles estaban tiranizados por el Taikun; el pueblo sufría á consecuencia de la alza de precios que habia ocasionado el comercio extranjero; ¿no tendría el Emperador el apoyo del pueblo y de los nobles?

Así habló el Príncipe de Satsuma, poderoso magnate marchando á Kioto al frente de sus *samurai* y de los *ró-nin*, ó partidas armadas que se habian alzado en varios puntos del país, pidiendo la expulsion de los «bárbaros.» Bien pronto se le unieron el Príncipe de Chóshiu ó de Nagato y el Príncipe de Tosa, grandes señores que pesaban mucho en la balanza del poder territorial y militar, y otros dáimios de segundo orden siguieron su ejemplo.

Seguramente que el Emperador no estaba acostumbrado á oír un lenguaje de ese tono. Pero aunque le hablaban hombres armados, y se atrevían á aconsejarle una política determinada, estos hombres eran al fin sus partidarios y esta política era la de la restauracion de su supremacia efectiva.

Un Comisionado Imperial partió para Yedo, llevando ciertas órdenes del Mikado. Lo escoltaba el Príncipe de Satsuma al frente de una fuerza armada. Se exigía del Taikun que asociase á su Gobierno cinco dáimios, segun lo disponia una antigua ley, y ademas, al Príncipe Hitót-su-Bashi, que habia sido algun tiempo antes el candidato del partido anti-extranjero para la dignidad de Shogun. El Emperador prevenía que, organizado así el Gobierno de Yedo, procediese á llevar á efecto la expulsion de los extranjeros, segun era su deber. Mas tarde, otra comision del Mikado se presentó en Yedo previniendo al Taikun que compareciese en Kioto.

El Shogun manifestó que cumpliría todas las órdenes del Emperador. Mas aun: bajo la presion de los magnates que se alzaban y hacían causa comun con su soberano legítimo, la Corte de Yedo derogó las leyes que obligaban á los dáimios á residir una parte del año en esta capital, y á dejar como rehenes á sus familias cuando partían para sus dominios.

Con estas declaraciones, el Gobierno del Shogun confesaba su impotencia; el poder efectivo pasaba al Emperador; el Taikunado quedaba moralmente muerto.

Los extranjeros, entretanto, resentían en todos sus intereses y pretensiones cada uno de estos golpes que Kioto descargaba sobre Yedo. El Taikun apenas podía protegerlos contra los atentados de que eran víctimas. Nuevos asesinatos tuvieron lugar; la legacion inglesa fué incendiada; las trabas al comercio aumentaban cada dia. Una embajada del Gobierno del Taikun partió para Lóndres á obtener directamente del Gobierno inglés que se difiriese la apertura de otros puertos que se habia prometido; cada franquicia comercial era motivo de multitud de resistencias, discusiones y notas diplomáticas; las vacilaciones, las evasivas que en cada asunto que los ministros diplomáticos trataban con los del Taikun, revelaban que el Gobierno de éste no era libre para seguir una política propia y resuelta. Los europeos pedían el castigo de los autores de algun atentado contra ellos y las indemnizaciones pecuniarias en que han acostumbrado á trasformar sus reclamaciones diplomáticas; y el Gobierno de Yedo, tan pronto alegaba su impotencia, como accedía al pago y daba el espectáculo de una decapitacion ó de un hara-kiri. Llegó un momento en que las legaciones extranjeras no se creyeron seguras sin una escuadra en las aguas de Yokohama, y el ministro inglés hizo venir á la que estaba en Hong-Kong. Vencería el Mikado ó vencería el Shogun; pero las potencias marítimas no soltarian la presa que tenían ya entre sus fauces, y se salvaría la causa del comercio y de la civilizacion.

En esta situacion llegó el año de 1863. El Taikun, en obediencia de las órdenes del Emperador, partió para Kioto. Hacia 230 años que no se daba el caso de una visita semejante, y la capital sagrada brilló con la presencia de ambos soberanos y de sus Córtes. La mayor parte de los dáimios acudió con su séquito de *samurai*, y toda la nacion política y militar se encontró reunida al derredor del trono del Mikado.

Este movimiento no era solo de ceremonias, de recepciones y de fiestas; era principalmente un gran movimiento político. El Taikun daba explicaciones de su conducta, y parecia ponerse á las órdenes de su soberano; los dáimios esperaban la resolucion del Emperador sobre la cuestion de los extranjeros; los *samurai* y demas clases militares murmuraban

y pedían la expulsión de estos, y el Mikado y su Corte pensaban en restaurar su propia y verdadera supremacía.

Varios hechos correspondieron á estas expectativas. El Emperador reunió á los dáimios, y excitó su patriotismo para que le ayudasen en la empresa de «barrer á los feos bárbaros del territorio del Imperio y de restablecer la política de sus divinos antecesores.» Manifestó que deseaba oír la opinión de los samurai y de todas las clases del pueblo, aun las más bajas; recibió las visitas oficiales y los ricos presentes con que el Taikun le rendía pleito homenaje; y por último, quebrantando su clausura, salió con este á visitar ciertos templos fuera de Kioto, y recibió los respetos y aplausos del pueblo, que acudió á postrarse á su paso y á adorarle. El *Carro del Fénix* mereció entonces, más que nunca, su nombre; porque exhibía á la multitud la resurrección y no las cenizas de la simbólica ave.

Pero el Fénix, y los Príncipes, y los belicosos, y el pueblo de Kioto estaban en las nubes. Los ministros del Taikun, el Comisionado Imperial y todos los que se habían quedado en Yedo frente á los diplomáticos y á los navíos extranjeros, estaban en la tierra. Mientras el Emperador resolvía la expulsión y proyectaba la campaña, el cuerpo diplomático en Yokohama urgía con vehemencia por el cumplimiento de todo lo pactado en los tratados. El ministro inglés exigía, cada vez en tono más áspero y amenazador, la satisfacción y la indemnización de \$ 600000 reclamados por los últimos atentados contra los súbditos británicos, anunciando al mismo tiempo que la escuadra procedería á hostilizar el territorio del Príncipe de Satsuma, cuyos samurai eran los autores de uno de los últimos asesinatos.

El Gobierno de Yedo presentaba excusas, pedía plazos y manifestaba que, no obstante su buena voluntad, nada podía resolver en un negocio tan grave, sin la presencia del Taikun. Al mismo tiempo expresaba á los ministros extranjeros su grande alarma por el giro que tomaba la opinión contra ellos, y declaraba que no podía responder ya por la seguridad de las legaciones y de los comerciantes de Kanagawa y Yedo.

El 24 de Junio de 1863, el cuerpo diplomático recibió en Yokohama una doble sorpresa. Varios carros cargados con pesos mexicanos, trajeron á la legación inglesa la cantidad á que ascendían las últimas reclamaciones, no obstante que se había convenido en que sería pagada en abonos.

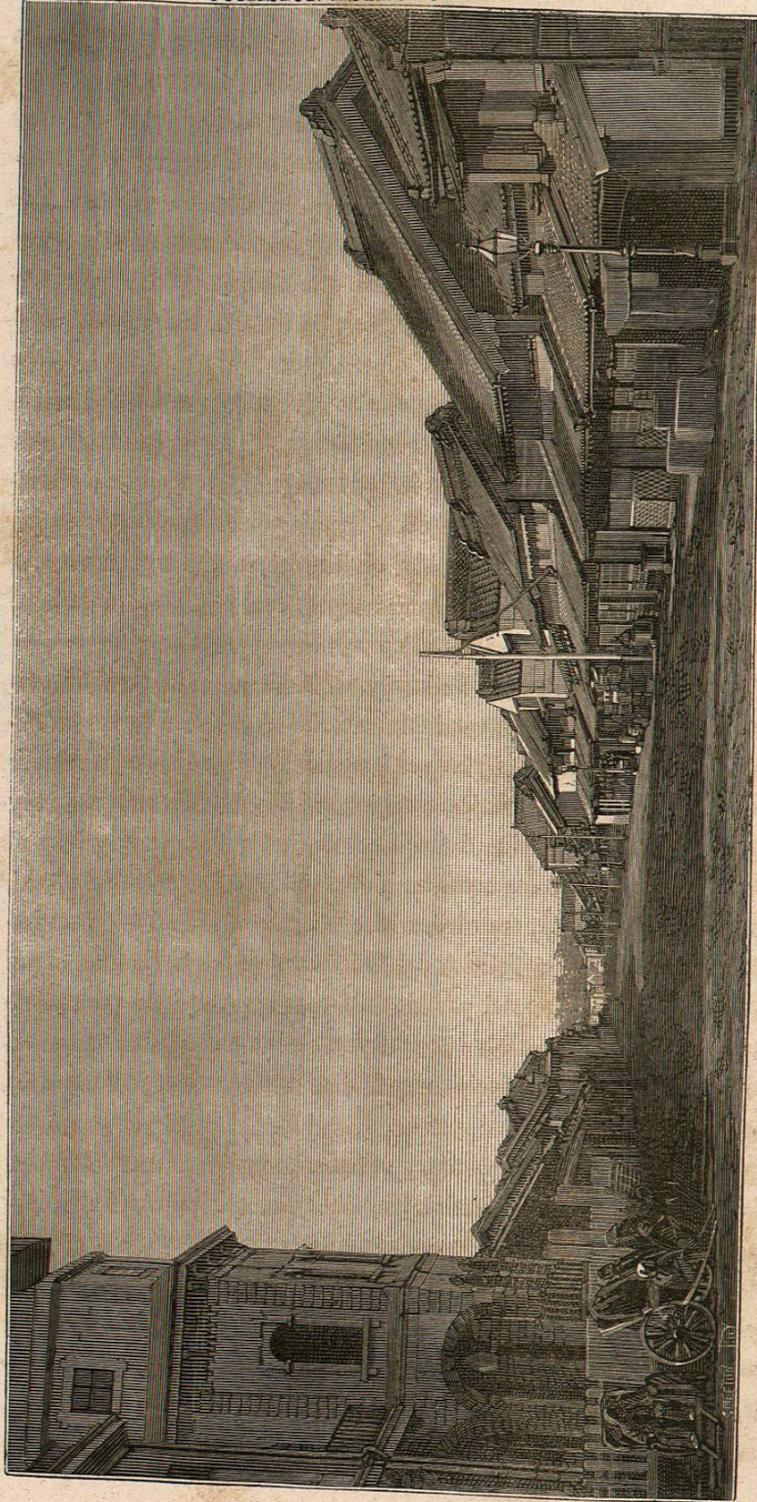
Pero aun no acababa de contarse el dinero, cuando á cada uno de los enviados diplomáticos, le fué entregada una nota del Ministro de Relaciones del Shogun, en la que se decía que «en atención á que el pueblo del Japon no quería tener ninguna especie de relaciones con los extranjeros, el Gobierno del Taikun había recibido órdenes del Mikado para que estos fueran expulsados, y cerrados los puertos al comercio; que el Gobierno debía ejecutar aquellas órdenes, y lo avisaba así de antemano.»

¿Creía la Corte de Kioto terminar de esta manera una y otra cuestión? Los ingleses embarcaron el dinero, y la contestación del cuerpo diplomático no se hizo esperar. En ella se declaraba que «la orden audaz que se le comunicaba sería considerada como una declaración de guerra por parte del Japon contra las potencias signatarias de los tratados; que grandes males vendrían á este país por un hecho que no tenía igual en la historia de los pueblos civilizados; y que seguramente, ni el Soberano espiritual ni el Soberano temporal (el Mikado y el Taikun) del Japon, comprendían ese atentado y sus consecuencias.»

Pero la verdad era que el Taikun y su Gobierno sí comprendían todo esto. Lo probaba toda su conducta anterior al recibir á los extranjeros, y todas sus dificultades y angustias cuando no pudieron ya resistir al grito popular y á la política reaccionaria de Kioto. Un hecho muy notable y significativo vino á confirmar cuán distinto era el prisma al través del cual se veían las cosas en Yedo. El príncipe Hitótsu-Bashi, quien como se recordará, era el Comisionado Imperial en Yedo para imponer á este Gobierno la política del Mikado, y quien había sido algún tiempo antes el candidato del partido anti-extranjero, partió para Kioto y declaró «que no era posible la expulsión de los extranjeros ordenada por el Emperador.» El Príncipe «hacía dimisión de su cargo y esperaba su castigo.»

Esta declaración tan explícita y caracterizada, debió modificar mucho las ideas de la Corte Imperial. Sin embargo, no se prescindió, por parte del Mikado, del plan de expulsar á los extranjeros. En cumplimiento de órdenes suyas, varios buques mercantes fueron hostilizados por el Príncipe de Chóshiu, al pasar frente á las costas del territorio de este dáimio. El grito de guerra contra los «bárbaros» y contra su protector, el Gobierno del Taikun, cundía por todo el país.

Fué preciso responder á estas hostilidades. La escuadra aliada de



HON-TSUIO-DORI (CALLE PRINCIPAL) DE YOKOHAMA.

las potencias contratantes, se dirigió al territorio de Chóshiu, y después de un combate en que no encontró grande resistencia, destruyó las baterías y derrotó á las tropas del Príncipe. Después procedió á hostilizar el territorio del Príncipe de Satsuma, que no había consentido todavía en la satisfacción é indemnización que se le reclamaban por el asesinato que sus subordinados habían cometido en la persona de un súbdito inglés. Las fuerzas de Satsuma sucumbieron también.

Estos hechos militares influyeron mucho en la situación. Satsuma cambió de ideas, y convencido de la superioridad militar de los extranjeros y de la imposibilidad de expulsarlos, trató con ellos, satisfizo la indemnización y se adhirió á su partido. El Gobierno de Yedo tomó una actitud más resuelta en contra del plan de expulsión; urgió en Kioto por que se permitiese la vuelta del Taikun, retenido allí por el Emperador, y retiró, probablemente de autoridad propia, la orden que había comunicado sobre la clausura de los puertos y ruptura de las relaciones internacionales. Esto era casi la rebelión contra el Mikado.

Quedaba, sin embargo, en pie el Príncipe de Chóshiu, como el más celoso partidario de la expulsión. Su influencia en la Corte del Emperador era de gran peso, porque los ministros de este pertenecían á su partido, y la guarnición del Palacio de las Nueve Puertas estaba formada de samurai y soldados suyos.

Una intriga rápida lo despojó de tan ventajosa situación. Los partidarios del Taikun en Kioto, y ya con ellos el Príncipe de Satsuma, acusaron á Chóshiu de proyectar el plagio del Emperador para llevarlo á sus dominios, y obligarlo á emprender en persona la guerra contra los extranjeros. Para evitar semejante sacrilegio, el Príncipe de Aidsu y otros dáimios, á la cabeza de sus fuerzas, se dirigieron al Palacio, é intimaron á las tropas de Chóshiu que salieran del sagrado recinto. Este golpe de mano tuvo completo éxito; el Emperador se vió rodeado de los partidarios del Taikun y aprobó su conducta; los altos dignatarios, hechuras de Chóshiu, fueron desterrados; la guardia del Palacio encomendada á las tropas de Aidsu; y el Príncipe mismo fué declarado rebelde. Todo este cambio se consumó en las pocas horas de una mañana.

Ya esto no fué entonces una rebelión, sino un esfuerzo de lealtad para libertar la sagrada persona del Mikado. La consecuencia fué una reconciliación de ambos soberanos y de ambas Cortes. El Mikado y el